

CONFLICTOS EN LA TRANSICION DE MARRUECOS: DE SOCIEDAD TRADICIONAL A SOCIEDAD MODERNA

CONFLICTS IN THE TRANSITION OF MOROCCO: FROM TRADITIONAL TO MODERN SOCIETY

Juan Maestre Alfonso

Catedrático emérito de Sociología

juanmaes@us.es

Resumen:

Sociopolíticamente Marruecos muestra persistencia de importantes residuos de orden social tradicional y características de una peculiar forma de Estado: una monarquía carismática.

En relación a la modernización del país, analizo especialmente tres problemas que configuran la complejidad socio-política marroquí: una estructura social con presión demográfica. La etnicidad bereber; un problema que durante siglos no ha sido resuelto y ha gravitado sobre la historia de Marruecos. Por último un conflicto con prolongaciones internacionales: el Sahara. Este contencioso se aprecia susceptible de resolverse en un contexto internacional y con el consenso de la población autóctona.

Palabras clave: Marruecos, modernidad, estructura social, etnicidad, Sahara, conflicto social

Abstract:

From a sociopolitical perspective, Morocco is characterized by the peculiar form of its State: the alaouite monarchy, and the inheritance of a traditional social order.

Concerning the modernization of the country, I specifically analyze three main problems that remain basic to the understanding of Moroccan complexity: a social structure under demographic pressure; the socio-historical inheritance of the berbers; and a conflict of international dimensions – that of the Sahara. The latter could be solved in an international context, and with the participation of the local inhabitants.

Key words: Morocco, modernization, social structure, ethnicity, Sahara, Social conflict

1. Tan cerca como desconocido

No existe un solo país árabe que no participe de una complicada situación socio-política. Se trata de una condición susceptible de generalizarse a todo el orbe. Sin embargo en los países árabes confluyen, actualmente, una serie de factores objetivos y subjetivos que promueven el cambio, mientras que otras fuerzas influyen en dirección contraria. A las causas coyunturales se agregan las estructurales. Los problemas internos se superponen a los de proyección o procedencia externa, etc. Basta señalar como prominentes voces con ecos internacionales localizaban en este área nada menos que “el eje del mal”.

Pues bien, en ese panorama nuestro vecino marroquí ocupa un lugar destacado en cuanto a la complejidad de su problemática y de su futuro. Es además, el país árabe más próximo a Europa, a tan sólo a 14 kilómetros de España, y con vinculaciones históricas con Francia y España. Casi un millón de marroquíes radican en España, aún más en Francia y un creciente contingente en Italia, así como en Bélgica y Holanda. La élite internacional marroquí, como también la política y en cierto modo la económica, consideran a Francia como su *sancta sanctorum*. Incluso en España existe una importante colonia intelectual magrebí, un dato que desconocen o desprecian muchos españoles. Sin más, en mi ciudad, Sevilla, muchos pintores, escritores e incluso músicos y musicólogos, por no decir profesionales de amplio espectro, mantienen allí su segunda, cuando no su primera residencia. En Granada sucede otro tanto.

No estaría de más que los españoles conocieran la lista de ministros y altos cargos de Marruecos, licenciados, doctores y hasta catedráticos con titulación española, y hablando con perfección absoluta nuestra lengua. Y, por si fuera poco, nos encontramos afectados por los contenciosos de Ceuta, Melilla, El Sahara... No es un recurso retórico asegurar que los problemas de Marruecos son problemas de España y de los españoles. Muchos de sus problemas serán distintos a los que afecta a los europeos, pero, ni política, ni económicamente, y por supuesto, geográficamente, distantes.

Tres son los principales factores que configuran la complejidad marroquí. El primero la situación social y demográfica. Se trata de un factor que con diversa composición cualitativa y cuantitativa aparece en la casi totalidad del Mundo Árabe, como también en lo que inapropiadamente se ha designado Tercer Mundo. El problema bereber, y el conflicto, no lo califico de problema, de El Sahara son los otros dos. Cobijando a los tres aparece el tejido socio-político, económico y religioso que entraña la monarquía alauita, incluido su cascarón de El Majzen¹. Y ya se sabe, y como en todas partes, la red de intereses geopolíticos y crematísticos en su mayoría de procedencia o vinculados con el exterior, agudizados por la crisis.

2. Estructura social moderna versus estructura social tradicional

El escenario sociológico que a vista de satélite puede apreciarse de Marruecos, es el de un país con mayoría de población en el que predomina la pobreza con todas sus variantes de precariedad, exclusión y atraso, aunque no de miseria. Deterioro desbordante, escasez, injusticia... pero no así hambre, sobre todo si conocemos el auténtico valor de esa palabra en otros lugares. Ni miseria, ni hambre, aunque sí

1 Institución genuinamente marroquí cuya composición se acerca, salvando las distancias históricas, sociales y económicas, a lo que en occidente fueron las cortes de los monarcas.

pobreza, exclusión y mucha falta de oportunidades para las nuevas generaciones. El 70 por cien de los jóvenes marroquíes negarían lo que acabo de afirmar: estiman que no existe escasez de oportunidades para su futuro, sino que no hay prácticamente ninguna. La España de los cinco millones de parados aparece, a pesar de los pesares, como una meta apetecible. ¡Dramático! De existir una apertura de fronteras no contaríamos con un millón de inmigrantes marroquíes, sino con dos o más y más para las angustias hispánicas.

En Marruecos se distinguen perceptiblemente tres sectores socioculturales muy diferenciados. Primeramente el mundo rural, atrasado y primitivo, actualmente sin importantes traumas sociales debido al equilibrio aportado por una cultura carente de modernización pero con experiencia durante muchos siglos de autorregulación; frecuentemente con raíces preislámicas. En este medio recientemente se ha instalado una modernización insular promotora de aculturaciones pero también de bienestar (Marat, 2008).

El extremo opuesto del espectro sociológico naturalmente lo ocupa la población urbana y suburbana, categoría esta última no sólo mayoritaria sino creciente. Aquí es donde reside un potencial de conflictividad social incalculable e imprevisible. Una bomba a punto de estallar y no sabemos con qué efectos, pero capaz de arrollar lo deseable, como lo indeseable, lo bueno o malo o regular (*Ilham Berredá, 2004*). Un colectivo social con protagonismo político que ya hemos visto aparecer y actuar en otros ejemplos de insurgencia recientemente manifestados en los países árabes. Es aquí, de modo consciente o inconsciente, aunque más bien lo primero, donde Marruecos espera "su hora 25". La emigración actúa como una válvula de escape a la presión demográfica inherente a este proceso de suburbanización, y sobre todo canalizando recursos a través de las remesas de los emigrantes para aliviar sus problemas sociales, modernizar e incluso favorecer la formación de una incipiente clase media. Pero igualmente originando contradicciones políticas y culturales que alteran el inestable equilibrio tradicional.

El núcleo Rabat-Salé, con su prolongación a Kenitra, y Casablanca, capital económica, cultural y centro vital del moderno Marruecos, constituyen bastante más que un enclave geográfico de desarrollo urbano. Aquí radica el eje central del desarrollo marroquí y el centro vital de la política, economía y vida intelectual. Rabat como capital gubernamental y residencia del Rey. Su apéndice Salé, que antaño podía considerarse un simple barrio rabatí, pero que actualmente se ha convertido en la sede central del islamismo marroquí, aún por encima de la tradicional Fez. Casablanca concentra la mayoría de la industria y del comercio marroquí, como también de los profesionales de ese país. "Casa" es el referente en Marruecos de todo signo de modernidad, como también de conflictividad. En la actual Dar-al-Beida se fabrican y reparan la mayoría de los ingenios mecánicos de Marruecos. Allí se realizan finanzas y transacciones. Igualmente en esa ciudad nacen, crecen, se desarrollan y reprimen grandes y pequeños conflictos laborales, sindicales, políticos... Rabat-Casablanca tiene una entidad propia, muy cercana a la francesa, pero con fisonomía marroquí. La franja Kenitra El-jadida constituye un país en sí mismo: es el pulmón económico, el cerebro pensante y las extremidades actuantes.

Marruecos como sucede en todo el mundo árabe, quizás con la excepción tunecina, aparece sometido al vértigo de las cifras originadas por el crecimiento demográfico. Aún cuando el ritmo de crecimiento ha disminuido, en este siglo la población marroquí se duplicará cada cuarenta años. Con el volumen de los déficits en materia social y los niveles de masiva precariedad y exclusión imperantes no se acierta a pronos-

ticar una salida viable para buena parte de la población marroquí, del mismo modo que no hace falta transmutarse en vidente para prever como imparable el fenómeno “patera”.

Como es usual el crecimiento demográfico se traduce en un crecimiento urbano que está convirtiendo apacibles ciudades marroquíes en aprendices de megalópolis donde reina una suburbanización precaria e incapaz de obtener un mínimo aceptable de dotaciones sociales. Un caldo de cultivo propicio a todo tipo de patologías sociales, incluido el terrorismo. Marrakech, Fez o Tánger se han convertido en ciudades que pasan del millón de habitantes. No está lejos el día en que Tánger y Tetuán, ciudades que hace poco más de una década contaban con algo más de cien mil habitantes, constituyan una conurbación que, agregándose a Ceuta y otros núcleos cercanos, abarcará todo el gigantesco balcón del Estrecho de Gibraltar.

2.1. Protagonismo real y desarrollo

Los avances en materia social, como también política, tema que destacaré más adelante, promovidos por el último monarca, son innegables, aunque permanezcan muy ignorados por la opinión pública española, reacia a admitir signos positivos en nuestros vecinos sureños. Quiero destacar dos frentes de actuación. Uno el integrado por los más desfavorecidos entre los desfavorecidos. Consiste en algo más que una acción simbólica, pues ha significado que no existen “dejados de la mano de Dios”, sino de los hombres con poder. Carritos de inválidos y bastones para ciegos contienen una importante carga simbólica en un país musulmán con pobreza endémica. El otro, el levantamiento del veto-castigo al que sometió la dictadura de Hassan II al Norte, por considerar a esta parte de su reino el más indiferente, cuando no manifiestamente reacio, a su autoridad. Para Hassan II el Norte estaba compuesto de separatistas rifeños, beneficiarios del contrabando y de indiferentes a su política por diversos motivos que iban desde una “contaminación por lo español” a los beneficios de lo que podría considerarse su peculiar renta de situación.

En cualquier caso Marruecos continúa siendo un país subdesarrollado y pobre, aun cuando Naciones Unidas lo califique como de *desarrollo humano medio* otorgándole un puesto de 115 en un conjunto de 168 países. Tal situación sólo cabe aquilatarse si lo comparamos con otros países. España ocupa el puesto 20 y Corea del Sur el 12. Buscando referencias en contextos socioeconómicos similares, naciones de su área geográfica y cultural, caso de Túnez y Argelia, ocupan lugares que indican mejor situación, como el puesto 81 y el 84, respectivamente. Libia se destaca aún más, situándose a mitad camino entre España y Marruecos en el lugar 53.

La esperanza de vida al nacer, un dato muy objetivo, fue el año pasado cercana a los 72 años, edad inferior a la de Túnez 75, Libia 76 y muy similar al de Argelia y por supuesto muy alejado de los 82 que corresponde a España y a otros países de la Unión Europea. No obstante, para que seamos capaces de comparar situaciones esta comparación debe de realizarse no horizontalmente sino verticalmente; en un corte temporal y respecto al propio Marruecos. En este caso se evidencian avances. Por ejemplo, desde 1999 Marruecos ha avanzado diez puestos en el índice de desarrollo humano, la esperanza de vida ha aumentado en cuatro años, y la tasa de escolarización se ha incrementado en diez puntos. También es destacable el acceso a la salud y avances en materia sanitaria y dotaciones sociales o mejoramiento del medio rural. Importante, aun cuando aún permanezcan lejos de satisfacer las necesidades sentidas por los marroquíes y muy superadas por los niveles dominantes en Túnez y no digamos en Libia (El País. Anuario 2010).

Marruecos, como otros países similares, cuenta con un sistema de estructura social rígido y con estratos bien diferenciados que revelan una injusta distribución, tanto del poder como de la riqueza. Aparte de la movilidad social horizontal, la que señala el paso de la población del campo a la ciudad, el único verdadero vehículo de movilidad social es el originado por la emigración. Su importancia no se limita a lo económico, sino también a lo cultural pues origina en sectores cuantitativamente importantes modificación en sus valores y expectativas sociales. Un efecto que puede conceptuarse positivo, como negativo, en tanto que incrementa el clima dominante de frustración y las posibilidades de una explosión social.

2.2. Entre tradición y modernidad

A una deficiente situación social se tiene que agregar la peculiar estructura social marroquí. Persisten dos estructuras sociales superpuestas: la tradicional y la moderna. La Monarquía Alauita es una de las más viejas del mundo árabe, o al menos así es percibida. Se dice que los monarcas, hasta época recientes sultanes, son descendientes del propio Profeta. Por este motivo subsisten rasgos tradicionales con perfiles cercanos al medioevo y en la jefatura del estado coexisten poderes civiles y religiosos. Una situación similar a Arabia Saudí donde sus reyes también tienen la categoría de “Guardianes de los Santos Lugares”. Los “petroreyes” del Golfo Pérsico poseen la categoría de monarcas tradicionales, pero sólo en función de su jefatura tribal. De aquí resulta que en Marruecos exista el Mazjen, mezcla de institución política, o sea de poder, y de “corte” monárquica, al más viejo estilo. Situándose socialmente en el vértice de la pirámide de la estructura tradicional y cerca de la autoridad política y religiosa del Rey (Maestre, 1972).

Como parte de esa misma estructura tradicional nos encontramos con una red tribal importante en las zonas rurales, y con una serie de derechos y obligaciones relacionados con el régimen de tenencia y explotación de la tierra, situación que cuenta hasta con un ministerio propio.

Entre la parte inferior y la superior de la estructura social nos topamos, con las autoridades religiosas, quienes, a pesar de ser Marruecos un país confesionalmente sunita, no dejan de ser importantes e influyentes en la vida social y política del país. Luego, lógicamente, aparecen dos estamentos que también proceden de los primeros momentos del Marruecos islámico: el de los comerciantes y el de los profesionales, *chorfas* y *xerifs*. Estamentos con un prestigio social que se agrega al que desde la cumbre del poder político o económico les otorga otro tipo de autoridad. La red de estamentos comerciales y profesionales, característica observable en todo Marruecos, completa y da coherencia a la estructura tradicional. Eficiente en su momento pero, actualmente, no deja de crear tensiones y problemas. Es una red de prestigios y privilegios, frecuentemente no compatible con los condicionamientos sociales y políticos de lo que pretende ser, o al menos de lo que debe ser, un estado miembro de Naciones Unidas.

3. Nueva estructura social emergente

Pero más allá y desde luego más acá del típico y tópicos Marruecos, es éste un país que tiende a la modernización con sus tentáculos de consumismo y de creación de necesidades. El Magreb fue la *perla de la corona* del colonialismo francés. De Casablanca se decía que era el “Paris del Norte de África”. A pesar del nacionalismo y de la resistencia anticolonialista, y olvidando humillaciones como las sufridas por Mo-

hamed V, la influencia francesa ha impregnado profundamente a todos los sectores sociales marroquíes y con mayor intensidad según se asciende en la escala social, sin olvidar a la Monarquía y a los miembros del Majzen por mucho revestimiento de tjalabas, besamanos, guardia negra, oración del viernes, etc. Como en la mayoría de las excolonias al colonialismo le ha continuado un neocolonialismo con efectos más intensos y persistentes. Las leyes de marroquinización no impidieron la penetración extranjera; una penetración que ya no sólo se expresa en francés sino que también en inglés y hasta en castellano, o catalán en los últimos tiempos. La magnífica renta de situación en África y un creciente mercado interno, agregado a unas estructuras sociales, facilitaron la penetración y a su vez la participación en los privilegios, lo que constituye una parte de los alicientes de Marruecos.

Así, parte de la sociedad marroquí se ha configurado en una estructura social nueva que se superpone a la anterior. Los privilegios de antaño se convierten en beneficios económicos para unos cuantos grupos sociales, principalmente los cercanos o ligados a las fuentes del poder tradicional. Igualmente puede calificarse a Marruecos como “sociedad de los dos tercios”, pero a la inversa. Una minoría de privilegiados y dos tercios de desheredados, pero agregando dificultades para traspasar los límites de un grupo a otro. Dicho de otra manera, una cohabitación entre una sociedad estamental con otra de privilegios e injusticias. Y por supuesto, y como en todas partes, la corrupción rondando.

3.1. El reto de lo social

He aquí el primer reto al que Marruecos tiene que hacer frente: solucionar su problema social comenzando por las correcciones en materia estructural y sin olvidar las derivadas de la principal fuente de poder que es la Monarquía. No obstante, hay que señalar dos factores que suavizan cualquier juicio dirigido hacia la máxima expresión del poder político. La Monarquía se ha convertido en un agente promotor del cambio político. Quizás no del modo suficiente, pero tampoco de manera nada desdeñable. Se ha denunciado y conocido con pelos y señales todo lo sucedido en los “años de plomo” (Benuaune, 2002), sin dejar de señalar la mano promotora del padre del actual monarca. Existen instituciones en defensa de los derechos humanos; se han abierto inesperadas y desconocidas compuertas a la participación política, incluso muchas de ellas iniciadas con anterioridad a que el efecto dominó de los vientos democratizadores en los países árabes pudiera alcanzar a su extremo occidental.

Se ha procedido a dar pasos a nivel simbólico difíciles de apreciar por una sociedad como la española, pero que salvan abismos históricos en Marruecos –el Rey casado con una plebeya que además le acompaña en público, miembros femeninos en el gabinete ministerial, mujeres en la televisión defendiendo métodos anticonceptivos y explicando su uso; mujeres policías, ex marxistas-leninistas, como Abraham Sertafi, que han pasado de la cárcel a ocupar puestos administrativos de carácter directivo; escritores antes considerados malditos –Mohamed Choukri– y para los cuales se crea una fundación; polisarios indultados, etc. No hace falta que nadie me indique lo insuficiente de tales medidas y de que existen datos contrarios que hacen rechinar los dientes –persistencia de abusos y arbitrariedades policiales, atentados auténticamente alevosos a la libertad de prensa, encarcelamiento del segundo jefe de la aviación marroquí por defender a sus pilotos caídos en la guerra del Sahara, etc.–. Pero tampoco se puede ignorar o minusvalorar el tipo y cantidad de reformas aplicadas y los horizontes que presenta la nueva Constitución (*Bouardham y Hamadi, 2012*).

Por otro lado la monarquía marroquí cuenta con un grado de legitimación desconocido actualmente en otras partes del mundo árabe. En Marruecos que el Rey y la

familia real goce de un patrimonio al que otros jefes de estado sólo hubieran accedido mediante la rapiña y la corrupción es un hecho admitido. La monarquía alauita es propietaria de un palacio en cada ciudad, todos con un lujo como vulgarmente se dice asiático. Los gastos de los fastos reales, que además se originan día sí y día no, son incalculables, y en este caso no sólo aceptados, sino bien vistos por una buena parte de la población marroquí. También es cierto que la opinión contraria cada vez se incrementa más entre los intelectuales, la juventud y los emigrantes. No faltan quienes se preguntan no de dónde han salido tantos palacios, sino como se da el hecho que una familia que regresó del exilio sin un franco en los bolsillos se haya convertido en tres generaciones –Mohamed V, Hasan II y Mohamed VI– en una de las fortunas más grandes a nivel mundial.

Una vez vencido el “rojerío” violento y recalcitrante, y convencidos e integrados en el sistema todas aquellas formaciones políticas, en principio de oposición a la monarquía, caso de los socialistas y nacionalistas del Istiqlal –los comunistas, Alí Yata a la cabeza y su órgano Al Bayane fueron los más dóciles– los islamistas representan la más auténtica fuerza de oposición. Pues bien, en Marruecos con un monarca gozando de prerrogativas religiosas, éste se convierte en un freno capaz de contrarrestar y canalizar muchos de los impulsos de los movimientos religiosos (Yata, 1972).

Por último, hay que reconocer el papel renovador –léase también democratizador– del actual monarca. Que del dicho al hecho hay mucho trecho, no cabe duda, como de que queda mucho trecho por recorrer (Abu-Tarbush, 2012). Tampoco cabe duda de que los hechos son muchos e importantes, y se observan indicios de que pueden proseguir.

En ese contexto aparece o reaparece el fenómeno del terrorismo (Morales-Lezcano, 2012). Un tipo de actuación y lucha que con eficacia se enfrentó al colonialismo francés. La situación social y la penuria en las zonas suburbanas constituyen un magnífico caldo de cultivo para el salafismo o cualquier tipo de fanatismo religioso o político. Barriadas como Beni Makeda en Tánger y hasta la del Príncipe en Ceuta, son actualmente centros de reclutamiento para alevines de terrorista. A este respecto no está de más recordar que en Marruecos, “clandestinamente”, las agencias de inteligencia norteamericanas, en íntima colaboración con las autoridades marroquíes, reclutaron muchos miles de guerrilleros –se habla de treinta mil– destinados a luchar contra los soviéticos en Afganistán. Tampoco está de más señalar que en lugares tan selectos como el Liceo Lyautey, donde asiste la *crème de la crème* de las familias de la *cômiche* de Casablanca o de Rabat, también ha sido nido de radicalismo de violencia islamista, como ha sucedido igualmente en muchas facultades de las universidades marroquíes.

3.2. La conflictividad bereber

Los bereberes integran la parte más antigua de la población marroquí, como también de Argelia; anteceden históricamente a la llegada de otros grupos árabes y del propio Islam. Pero no se trata de un colectivo dominado por los musulmanes. El fulminante triunfo del Islam en el Magreb, como también en la Península Ibérica, se debió a su rápida adhesión a la nueva fe y su incorporación militar al contingente llegado desde Oriente Medio. Curiosamente en este proceso intervino con notable protagonismo una mujer que en ese momento ocupaba la máxima jefatura entre las tribus bereberes. Nunca se integraron más que religiosamente y tampoco fueron dominados, permanecieron al margen de la historia, ni de Marruecos, ni tampoco de la España musulmana. Gentes de las montañas o de los aldeaños del desierto se convirtieron periódicamente en la fuerza emergente que compensaba las debilidades del sistema

político y la decadencia, para ellos moral y social, que imperaba en los reinos de un lado y otro del Estrecho de Gibraltar. El protosociólogo Ibn Khaldun describió, ya en el siglo XV, con dialéctica claridad el papel histórico de los bereberes. Desde sus enclaves de riscos y soledades, sumidos en una solidaridad tribal, con sus costumbres, su lengua y hasta una escritura propia –caso único en el mundo árabe– han mantenido una ambivalente postura: en ocasiones de abierta rebelión y en otras de férrea defensa del sistema político marroquí.

El colonialismo europeo penetró en Marruecos mediante pretextos propiciados por los bereberes. En 1911 el ejército francés salvó al Sultán Abdelafit cercado en Fez por las tribus bereberes. “Salvamento” que significó la imposición del Protectorado. España, para que ni Alemania, ni Gran Bretaña se apropiaran del Norte de Marruecos, llave de la entrada del Mediterráneo, también tiene que sacar las castañas del fuego a la autoridad del Majzen para poner las suyas. El ejército español aún caliente por los resultados de la guerra hispano-norteamericana interviene en los dos extremos de su zona de influencia. En Melilla cuyos alrededores se consideraron un El Dorado de mineral de hierro, comenzaron unos enfrentamientos con los rifeños que duraron más de veinte años y que conducirían a una sangría incalculable.

Francia desarrolló en su zona de protectorado una política, el *dahir bereber*, que por un lado parecía favorecer a quienes fueron sus principales enemigos pero que a la vez era una manifestación más del viejo principio colonialista: divide y vencerás (Lakmahr, 2012).

En el Marruecos liberado del colonialismo son precisamente los rifeños quienes protagonizan el primer movimiento de resistencia a las autoridades de Rabat. Es el propio Hassan, todavía sólo futuro monarca, quien en su calidad de Jefe de las Fuerzas Armadas hace frente a los conatos de rebelión de los rifeños, sometiéndolos con la dureza que le ha caracterizado. Sangre, fuego y otra arma igualmente eficaz: el silencio sobre todo lo que allí sucedió. Se cuenta, se dice... de vuelos de la muerte para precipitar en el Mediterráneo a quienes participaron en la revuelta. Más que una revuelta olvidada, ignorada o desconocida, todo parece indicar que se trató algo más que de un imaginario motín.

Que permanezcan desconocidos aquellos sucesos y que el peso de la represión en los “años de plomo” suprimiera cualquier rebrote de las reivindicaciones rifeñas en particular o bereberes en general, no quiere decir que no subsistan en la memoria colectiva rifeña, incluso por encima de las viejas historias contra los colonialistas españoles (con los cuales acabaron entablando múltiples relaciones). Es más, el peso del silencio represivo ha actuado para que la conciencia *tamazigt* se expandiera por múltiples recovecos y permaneciera de un modo latente o encubierto, pero viva.

Los cambios socioeconómicos que han afectado a Marruecos y a su población han impulsado nuevas plataformas de reivindicación bereber que reavivan los agravios y rivalidades étnicas seculares. La emigración ha tenido como efecto que en Francia y Bélgica se crearan círculos de defensa de lo bereber. En Europa se ha descubierto con estupor que existía otro Marruecos, como otra Argelia, la de la kabília. Los dos escritores más importantes en Holanda desconocen el árabe y el francés; se expresan en neerlandés, se relacionan internacionalmente en inglés y en sus relaciones familiares en *tamazigt*. En Madrid hubo que suspender la causa en que se enjuiciaba los atentados terroristas porque el intérprete aportado, nada menos por el Ministerio de Asuntos Exteriores, no conocía ni una sola palabra de la lengua en la que se expresaba un testigo, quien tampoco hablaba una palabra de árabe, ni tan siquiera dialectal. La conciencia bereber despierta por doquier. Yo mismo he detectado ten-

siones entre fracciones diferentes de la comunidad marroquí radicaba en el Valle del Tiétar.

Los bereberes solicitan su puesto en el nuevo orden institucional que se está originando en Marruecos. Así, surgen partidos políticos, organizaciones culturales y todo tipo de plataformas reivindicativas incluidas las públicas, ya sean legales o no. Entre sus principales peticiones está el uso de su lengua en los medios de comunicación y sobre todo en la enseñanza. Ya he indicado que poseen un alfabeto propio muy diferente y anterior al árabe. El problema bereber se entremezcla con otros de carácter político y social potenciando la carga explosiva que se va acumulando en Marruecos.

3.3. El Sahara. Conflicto étnico e internacional

El tercer problema afecta sensiblemente a la opinión pública española, pues forma parte de nuestra historia inmediata. Está claro que me voy a referir a El Sahara. Un problema con expresiones no sólo nacionales, sino internacionales. Simplemente el costo de la guerra, o de la paz, en el Sahara es tan exorbitante que impide el desarrollo social y económico de Marruecos. Sin embargo, es quizás éste el único asunto en el que la inmensa mayoría de la opinión pública marroquí –exceptuando algún intelectual o izquierdista suelto– se muestra más unánime.

Lo que el gobierno de Franco designó como África Occidental Española, estuvo compuesto por tres territorios con estatuto e importancia desigual. En el Norte, Cabo Juby, un arenal con una pista de aviación y poco más. Jurídicamente se trataba de la Zona Sur de Protectorado Español en Marruecos. Un artificio de las negociaciones francesas para otorgar más kilómetros cuadrados a España de los que le concedieron en el Norte. Un arenal que sumaba en territorio pero no agregaba nada más. Se tuvo que devolver a Marruecos cuando cesó el Protectorado. No se conoce que hubiera habido allí una presencia real y efectiva del estado marroquí (Maestre, 1978).

Más al Sur y sin limitar con la Zona Sur de Protectorado, España consiguió un territorio donde en el siglo XIX había instalado unas cuantas pesquerías y factorías. Prácticamente nada, o nada más que un pedazo del mapa de África, del que se consideran propietarios las potencias europeas y de las que España era su pariente pobre. Se denominó a este desértico territorio nada menos que con el nombre de Río de Oro. No existía ningún río y menos aún oro. Pero de esa manera se fingía ser propietario de algo valioso. Para conectar a la colonia española con la virtual zona de Protectorado Sur o Cabo Juby, se permitió que España se adueñara de una zona “de ocupación militar”, Sequiet-el-Hamra, otro pedazo de desierto pero que con el tiempo se convirtió en lo único valioso del Sahara Español. Allí se instaló la capital el Aiún y se descubrieron unos valiosos yacimientos de fosfato. También existían las ruinas de una ciudad abandonada: Smara (Caro Baroja, 1955).

Desaparecido el Protectorado no se sostenía jurídicamente la ocupación de ese territorio y se justificaba que de pertenecer a alguien, lo que de hecho era una *res nullius*, ese alguien sería de fuera el próximo Marruecos. También cabía, teóricamente, que España considerara unos derechos sobre un territorio próximo a Canarias que había ocupado pacíficamente y en armonía con unos pocos cientos de habitantes sedentizados o dedicados a la pesca. Y si deseamos ampliar las posibilidades, igualmente se podía considerar que aquella *res nullius* pertenecía a las tribus que por allí transitaban, como por todo el inmenso territorio del desierto del Sahara en manos de Francia.

Los derechos de Marruecos sobre el Sahara español, fuera de su proximidad geográfica, no eran fácilmente sostenibles. Prácticamente se reducen a la constancia de la imprecisión de sus fronteras. Un argumento que vale tanto para el Sur como para el

Este, donde actualmente en buena parte de los límites fronterizos aún se encuentran sin estar fijados ni reconocidos. La más valiosa de sus razones consiste en un remoto reconocimiento de lo que no se sabe muy bien cuándo, ni hasta cuándo, en algunas de esas tribus nómadas se reconocía la autoridad religiosa del “comendador de los creyentes” personificado en el Sultán de Marruecos. Otros datos históricos conducen más bien al Sur al Norte que al revés. Como ya sucedió en épocas históricas algún cabecilla saharauí luchó contra invasores comunes en tierras de Marruecos. En realidad se trata de argumentaciones artificiosas que igualmente podrían ser aplicadas a muchos otros estados y territorios.

Quizás el argumento más consistente radica en el voluntarismo del nacionalismo marroquí que, con apoyo de su opinión pública y prácticamente sin oposición contraria, reivindica la expansión de sus fronteras. Allal al-Fasi, el líder histórico del Istiqlal, diseñó el mapa de Marruecos en el que comprendía además del Sahara Español un tercio de la actual Argelia, parte de Mali, toda Mauritania y por supuesto las Canarias. A la usanza de los falangistas españoles los nacionalistas marroquíes, que son muchos y variopintos, se encuentran capacitados para afirmar “su vocación de imperio”. Evidentemente se trata de argumentaciones voluntaristas y artificiosas, pero que han sido asumidas por sectores importantes de la sociedad marroquí. Del mismo modo también cabe que Argelia, entre otros, utilice argumentos parecidos, sino los mismos.

Existe otro sujeto con pretensiones y razones de derecho internacional: los saharauis. ¿Pero quiénes son los saharauis? ¿Los habitantes del Sahara? ¿De qué Sahara y desde cuándo y cómo? A mediados del siglo XX cuando ya habían comenzado los vientos descolonizadores uno de nuestros más eminentes y eruditos intelectuales, Caro Baroja (1955), llevó a cabo un monumental estudio sobre el Sahara español; un minucioso trabajo que permanece casi desconocido (el mismo Caro me refirió en una ocasión que no comprendía para que se lo encargaron ya que nadie lo utilizó). Allí se describe quiénes, cómo y cuántos vivían, de hecho en su mayoría transitaban, por el territorio sometido a la soberanía española. Unas cuantas tribus de nómadas cuya vida tradicional se basaba en el pastoreo y hasta cuando pudieron de los *gazi*, expediciones de rapiña entre ellos. En 1954 mantenían viva la institución de la esclavitud que el gobierno español toleró. En el censo de 1967, cuando ya se había producido una cierta sedentarización, el total de la población en el Sahara español era de algo más de 56.000 personas incluyendo cerca de 10.000 españoles (Pérez Díaz, 1974). Respecto a los censos posteriores conocemos el *imbroglio* bajo el que se encuentran y que constituye la “madre del cordero” para la búsqueda de una solución auténticamente democrática. En el mejor de los casos, o el peor según se mire, no es posible que se contabilice más de medio millón de saharauis, comprendiendo exiliados, los residentes en los campamentos de Tinduf y el importantísimo contingente de nuevos residentes en el Sahara, pero procedentes de Marruecos.

¿Se puede pensar seriamente que le corresponde la titularidad jurídico internacional a una población que como mucho, como muchísimo, alcanza el cuarto millón de personas. Y que el territorio de su pretendido estado venga definido y delimitado por unas fronteras que fijaron con exclusividad intereses colonialistas absolutamente ajenos a la población autóctona? También podría concebirse su estado de un modo más elástico, abarcando todo o parte del Sahara; del Atlántico al Mar Rojo y a los ríos Nilo, Senegal, Níger... ¿Por otro lado sería justa la creación de un nuevo estado con “cuatro gatos” incapaces de explotar por sí mismo las riquezas del subsuelo, no quedando claro a quien acabarían beneficiando? ¿Un nuevo ejemplo de los injustos “petroestados” del Golfo Pérsico, o un nuevo estado fallido a la puerta del Mediterráneo?

Más convincente me parece la legitimación de los derechos de apropiación de la excolonia española por los estados limítrofes agobiados por su demografía y sus problemas sociales. Siempre y cuando se respetara la integridad social, cultural o política, y los derechos de participación en las futuras o posibles riquezas de la población sedentaria o nómada de aquellos territorios, como también de los pocos o muchos que decidieran vivir, reproducirse y morir en ese desierto.

4. De todos y para todos o para ninguno

Reducir el contencioso a un enfrentamiento de buenos y malos, es incorrecto. La mayoría de la opinión pública española no lo ve de ese modo, dando por supuesto que los malos son los marroquíes y los buenos los polisarios. Una postura en la que confluyen muchos factores incluida una irracional pero mala conciencia, como también, a mi entender, la proclive actitud del pueblo español hacia los débiles o perdedores. (Es difícil encontrar en todo Occidente una opinión pública tan propalestina –sin ser además antijudía– como la española). Los españoles se olvidan de muchas cosas, ignoran otras y pasan por alto muchas más en lo que respecta al Sahara. ¿Quién se acuerda de que el Polisario se creó como una organización terrorista que actuó, día sí y otro también, contra intereses españoles? Nos olvidamos el papel que en todo ello ha jugado por un lado Argelia y, en su momento, de modo remoto pero cierto la Unión Soviética y aún más cerca Libia y Gadafi. ¿Quién se acuerda de Cubillo y de Radio Canarias Libre? ¿Y de la bandera de Estados Unidos presidiendo la marcha verde; la bandera del mismo país que proveyó para esa histórica ocasión a Marruecos de los medios de combate aéreos para alcanzar España? ¿Se conoce el protagonismo en lo saharai o polisario de la tribu de los Ergeibat? Se habla mucho de los ultrajes a los derechos humanos por parte de Marruecos, pero qué poco se dice de los terribles campos de prisioneros donde simples soldados marroquíes han permanecido más de treinta años pasando frío, calor y aterradora sed. O de las prisiones o centros de tortura argelinos donde estuvieron recluidos pilotos y cualificados militares marroquíes capturados por los polisarios y susceptibles de obtenerles información. ¿Dónde aparece la libertad para que quien se acogió en su momento al Polisario cambie de posición? ¿Y los ocho policías, más bien ayudantes de policías, muertos a pedradas por intentar desalojar sin armas un campamento de población saharai?... etc., y muchos etc. más...

A nivel conflicto el problema saharai no tiene solución. Es imposible que el Polisario venza al ejército, al estado y a la opinión pública marroquí. Lo contrario sólo es posible por la conjunción de dos factores: la intervención militar abierta y masiva –la argelina se supone– y la aparición de una crisis que desestructuraría Marruecos. Una situación que implicaría una desestabilización internacional absolutamente indeseable y que, precisamente por ese hecho, los grandes agentes de la política internacional intervendrían, como también otros menos grandes casos de España.

Habría que apurar soluciones más imaginativas que condujeran a una solución de consenso, tirando hacia el todos ganan y evitando el todos pierden. Y por supuesto contraria a la que viene jugándose –nunca más apropiado el término– mediante querer ganar la partida con las cartas trucadas.

Una posibilidad sería de convertir al ex Sahara Español en un estado libre asociado a Marruecos, desmilitarizado y abierto al libre comercio e inversión internacional, con derecho de paso, incluido el ferrocarril, y puertos francos para Argelia y Mauritania, y si es posible relacionado en algún proyecto a las vecinas islas Canarias. Por su-

puesto, respetando o priorizando, tanto en lo político –una cuota en una futura *yeema* (asamblea) a los saharauis autóctonos– como en lo económico o culturales, como enseñanza o medios de comunicación en hasania y español (Maestre, 1975).

Esta, u otra solución similar, sólo sería susceptible de realizarse en el contexto de un Marruecos, cuya monarquía con su potencialidad aglutinadora y carga simbólica ajustara y acelerara las reformas institucionales, como también y es lo más importante, se decidiera llevar a cabo las reformas estructurales destinadas a superar las aún subsistentes deficiencias políticas y salvar los abismos sociales. Una tarea que además sólo puede llevarse a cabo mediante una decidida colaboración internacional. Un esfuerzo capaz para añadirle una nueva hora al reloj de la historia marroquí.

5. Bibliografía

- Abu-Tarbush Quevedo, José. Cambio político en el mundo árabe. Universidad País Vasco. Colección de Estudios Internacionales, 2012.
- Amin, Samir. "Clases et nation". Les editions de minuit. Paris, 1979.
- Bennoune, Mehdi. "Heros sans gloire". Tarik. Paris, 2002.
- Berreda, Ilham. "Beni Makada. Lycée Lyautey. Le cocktail explosif". Les nouvelles du Nord, núm. 575. Tánger, 2004.
- Boudarham, M. Y Hamadi, H. "Palais et PDJ". Tel Quel. Casablanca 2012.
- Brey, Elisa. La transición demográfica en Marruecos. Documentos de trabajo GEPS 2009. DOI: 10.3282/DT002(III) 2009.
- Caro Baroja, Julio. "Estudios saharianos". Instituto de Estudios Saharianos. Madrid, 1955.
- Lakmahri, Sami. "Que faire de l'arabisation". Zanona núm. 20. Junio 2012.
- Lazrak, Rachid. "Le contentieux territorial entre le Maroc y L'Espagne". Dar el Kitab. Casablanca, 1974.
- Maestre Alfonso, Juan. "El proceso de cambio social en el nuevo Marruecos". Revista Comunidades. Madrid 1972.
- Maestre Alfonso, Juan. "El Sahara en la crisis de Marruecos y España". Akal. Madrid, 1975.
- Marat, Ch. "A l'abri de la crise". L'Express Maroc. Casablanca, 2008.
- Marat, Ch. "Soleil a vendre". L'Express Maroc. Casablanca, 2012.
- Mesa, Roberto. "El colonialismo en la crisis del XIX español". Ciencia Nueva. Madrid, 1967.
- Morales Lezcano, Víctor. Norte de Africa: rebeliones sociales y opciones política. Ed. Diwan Mayorit S.L. 2012
- Pérez Díaz, Víctor. "Pueblos y clases sociales en el campo español". Siglo XXI. Madrid 1974.
- Rojo, Teresa (1994). Scenarios for the Industrialization of the Western Mediterranean. FUTURES, London, UK, Junio 1994-26(5) 467-489.
- Yata, Ali. "Le Sahara Occidental Marocaine". Casablanca, 1972.

Anexo

Tabla 1. Indicadores de modernización de Marruecos 1995-2012.

(Total 2011: 32.309.239 habitantes)

Indicadores de Marruecos	1995 - 1997	2012
Tasa de terminación de la educación primaria	54%	99,3
Esaños ocupados por mujeres	0,6% (2)	17% (67)
% partos asistidos	30%	75%
% Uso de anticonceptivos entre mujeres casadas de 15 a 49 años	45%	67%
Emisiones de dióxido de carbono (CO2) en toneladas métricas de CO2 per cápita (CDIAC):	1,1175	1,5839
Servicio de la deuda como porcentaje de las exportaciones de bienes y servicios e ingreso neto	46,5	6,9%
Población que habita en tugurios como proporción de la población urbana, porcentaje	35% (4.903.857)	13% (2.415.725) Año 2009)
Estructura de edades		
Líneas de teléfonos fijos, por cada 100 habitantes es	--	10, 06% (3.279.054)
números de teléfono móviles	--	39.016.336
Número de usuarios de Internet por cada 100 habitantes	--	55%

Fuente: elaborado con datos ONU, Objetivos de Desarrollo del Milenio 2013 y Elisa Brey (2009).

Anexo 2

Tabla 2. Indicadores de diferencias entre hábitat rural y urbano en Marruecos 2012

Indicadores infraestructuras	Áreas urbanas	Áreas rurales
Proporción de la población que usa fuentes mejoradas de agua potable	94	55
Proporción de la población que usa infraestructuras de saneamiento mejoradas	83	52

Fuente: elaborado con datos ONU, Objetivos de Desarrollo del Milenio. 2013.